

—Amado Saulo, los dioses te guarden. Sin puda propicia la fortuna ha querido anticiparme la dicha que aguardaba disfrutar al encontrarte en Jerusalem adonde camino. Pero dime por tu vida ¿cómo te hallo tan lejos del sitio en que resides, á la cabeza de gente armada, y tú mismo revestido con ese atavío guerrero, tan en oposicion con tus gustos é inclinaciones?

La persona así interpelada tenia presencia vulgar, era calvo, aunque jóven, de nariz larga y poca estatura; pero su ancha frente y la movilidad con que reflejaba su expresivo semblante las diversas emociones que agitaban su interior, denotaban una inteligencia suprema, animando un alma apasionada y ardiente (1). Sin detenerse respondió con la franqueza que se conocia serle habitual:

—Voy á Damasco, donde pienso llegar antes del medio día, autorizado por cartas del príncipe de los sacerdotes para todas las sinagogas, con objeto de conducir presos á Jerusalem á cuantos discípulos de Jesus de Nazareth, hombres ó mujeres, pueda encontrar en la ciudad.

—En verdad, querido Saulo, que no sé que título dar á la fatal manía que te ha convertido en sanguinario perseguidor de esos galileos de costumbres tan puras. Aunque retirado en Sidon, he sabido tu conducta para con ellos, y juzgaba que la plegaria del virtuoso Estéban, rogando por sus verdugos, cuyas capas guardabas en tanto que le mataban á pedradas, hubiera hecho renacer en tí los nobles sentimientos propios de tu corazón. ¡Oh, cuán loco serás sino atiendes á las razones pronunciadas por tu maestro Gamaliel en pleno sanhedrin: «Si esa obra proviene de los hombres será disipada; si proviene del Eterno no podreis destruirla, y os espondreis intentándolo á combatir contra el mismo Dios.»

—Es cierto, contestó Saulo, yo le oí formular esas frases; libró entonces á los galileos de una muerte segura, y después fué el único que se atrevió á dar sepultura á Estéban, lapidado por blasfemo.

—Calumniado por testigos falsos, buscados para el caso, querrás decir.

—Cualquiera que te escuchase creyera estabas inficionado con los errores de la secta del hijo del carpintero.

—No hago mas que rendir culto á la razon respetando la sublimidad de una doctrina, cuyo primer precepto manda á los hombres considerarse como hermanos. Unicamente la Divinidad descendida entre los mortales, ha podido consolar á la tierra haciéndola oír estas palabras: *Bienaventurados los que lloran*. Hasta ahora solo se nos enseñaba: *Bienaventurados los ricos, bienaventurados los poderosos*. Pero ¡á quien se le hubiera ocurrido proclamar la felicidad en las lágrimas! Nuestra sociedad, falta de corazón, veda la caridad como un acto de cobardía: los vencidos, los pobres, todos los hombres á quienes la fortuna ha negado sus bienes, son considerados como malditos; para el esclavo no hay patria ni altar, porque los señores del Olimpo solo reciben con agrado los homenajes de los dominadores: aman con preferencia á los que para nada los necesitan. ¡Ah, sin duda que es para el universo una buena nueva aquella que anuncia á los mortales que el dolor es santo y fecundo! Nuestros dioses han rechazado de ante sus aras á las tres cuartas partes del linaje humano; el nuevo Dios llama

hacia sí, con acentos de amor y misericordia, á la humanidad entera! Este solo hecho pone de manifiesto la flection engañosa y la revelacion divina (1).

—Discurres cual un digno discípulo de Platon, replicó Saulo, prefiriendo la enseñanza de Jesus el Nazareno á los infames ejemplos de las deidades griegas y romanas; pero al lado de la sagrada ley mosaica, solo puede considerarse aquella como una de las muchas escuelas filosóficas que se dividen la inteligencia de los hombres pensadores, nacidos por su desgracia fuera del pueblo escogido.

—¿Y cuál filósofo ó legislador podria sostener paralelo con el mártir del Gólgota? contestó Marcelo. ¿Le compararemos á Sócrates, el mas justo de todos ellos, galante amigo de la cortesana Aspasia, á cuyo trato íntimo era admitido en compañía de otros sábios? Y aun pasando por alto semejante desliz, Sócrates considera justa la esclavitud, no hay en sus obras una idea grande suficiente á ennoblecer la dignidad del hombre; duda ante los jueces del Arcópago de la inmortalidad del alma, protesta en abono de la idolatría, y por fin, muere encargando se sacrifique un gallo á Esculapio. ¿Podrá igualársele á Platon, de quien me reputas seclario, famoso por su utopia de república, en la cual establece el sistema de castas, aprendido de los egipcios, y aniquila los lazos de familia degradando á la mujer hasta el punto de hacerla comun para todos, convirtiendo su Estado imaginario en un asqueroso lupanar? Ahí tienes al eminente maestro de Alejandro, tal vez me dirás, ó bien al severo Licurgo. Pero reflexiona que Aristóteles comienza su tratado de *Política*, sosteniendo tambien la servidumbre como de derecho natural, y al paso que rinde culto de adoracion á una de sus esposas, escribe que las mujeres no forman parte de la raza humana, debiendo contárselas en el número de los brutos, y Licurgo con entrañas de tigre, establece la pena de muerte contra los infelices niños que tienen la desgracia de salir al mundo con alguna deformidad; impone á las doncellas el deber de vestir trajes insuficientes para resguardar su pudor; quiere que se ejerciten en la gimnasia enteramente desnudas, y dotando á Esparta de un código brutal, hace que sus conciudadanos miren como enemigo á todo el que no reconozca por patria suya el reducido territorio de Laconia; así como tú, solo consideras afortunados á los individuos del pueblo de Israel. Y en verdad que al examinar las magníficas poesías de Moises y demás escritores hebreos, juzgo que no vas fuera de camino, si bien creo llegado el tiempo en que los sagrados preceptos que se encierran en ellas deben ser modificados por otra ley mas en armonía con el estado actual de la humanidad, que parece aguardar silenciosa el Redentor prometido.

—No delires, repuso Saulo, la legislacion de los libros santos es eterna como la gloria de Jehová.

—Esa gloria lucirá en todo su esplendor, porque la verdad de las profecías, oculta en el Antiguo Testamento bajo las figuras que al Altísimo le plugo velarlas, se manifiesta sin sombra alguna, replicó Marcelo con entusiasmo creciente. Mira cumplidas las setenta semanas de Daniel, el cetro de Judá en manos de príncipes extranjeros, el llanto de Raquel derramado por los inocentes de Bethleem, y dime luego si tal concurso de circunstancias puede ser efecto de la ciega casualidad.

Admirado Saulo, prosiguió entre festivo y grave:

—¿Desde cuándo, antiguo adorador de Citera, has adquirido atrevimiento para interpretar la Escritura terrible

(1) Nunca nos habiéramos atrevido á cometer la sansez impía de inventar en este retrato lo que pueda parecer desfavorable. Todos los primeros escritores del cristianismo le pintan segun nosotros hemos copiado, especialmente el autor del *Philopatri*.

cuya inteligencia solo es concedida á los principes de los sacerdotes?

—Desde que obedeciendo al severo deber impuesto por mi cargo de centurion de la legion Hispánica, acompañé al Justo en su via dolorosa y fui testigo en el Calvario de su agonía sublime. Entonces un rayo de luz sobrenatural alumbró mi entendimiento; contemplé sobrecogido de respeto el último suspiro de aquella víctima sin ejemplo en los anales de las naciones, exhalarse rogando al Eterno por la salvación de sus verdugos. ¡Ah! esa no era la muerte como podemos comprenderla, era el triunfo del espíritu divino sobre la parte grosera de nuestra corrompida naturaleza: habían terminado los sufrimientos del Varon de dolores, concebido en el seno de una Virgen anunciado por Isaias y hasta predicho por la suave musa de Virgilio (1). La tierra estremecida, bien lo sabes, pareció vacilar en sus cimientos, el sol oscureció sus resplandores, y yo, átomo invisible de la creacion, que así celebraba los funerales de su Autor, esclame arrebatado por un impulso desconocido: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Bello y fascinador estaba Marcelo al pronunciar estas palabras, en términos que, sintiendo Saulo fallecer su voluntad ante argumentacion tan poderosa, trató de atajar el camino por donde el convencimiento había de sublevar la razon contra el poco noble cargo de que se hallaba revestido, y alargando de nuevo los brazos á su amigo, le dijo al mismo tiempo:

—Siempre has tenido un alma generosa, pero esta misma cualidad, te precipita sin duda en los errores de una gente grosera, movido á lástima por los padecimientos de su caudillo. Adios: espero encontrarte á mi vuelta á Jerusalem, adonde marchas segun dices, curado de toda clase de extravagantes delirios; mas si continuas obcecado en ellos, arrancaré la espesa venda que te oculta la verdad, ó seremos compañeros en la nueva religion.

—Si esa verdad augusta llegase á iluminar tu alma de fuego, contestó Marcelo, espérame donde quiera que te hallares, porque serias el apóstol de las gentes, y me llamaría dichoso al recibir tus instrucciones.

Dicho esto, se alejaron uno de otro los dos amigos para reunirse al cabo de tiempo en bien diferente situacion.

II.

Por el diálogo anterior hemos sabido que la voz de un español fué la primera que se alzó en el Gólgota para confesar la divinidad del Crucificado: sepamos ahora los acontecimientos de su vida hasta el momento dichoso de llegar á contarse en el número de los primeros gentiles que recibieron el Evangelio.

Individuo Marcelo de una familia noble y antigua, establecida en la ciudad de Mérida, emporio ilustre de la provincia Lusitana, fué destinado á la carrera de las armas apenas tuvo edad para manejarlas, sobresaliendo por su

valor en las guerras del triumvirato, siempre afiliado al partido de Augusto, bajo cuyas banderas ascendió á centurion. Destinado luego á Judea con la legion Hispánica en que militaba, no pudo tolerar la iniquidad jurídica consentida por la criminal debilidad del procurador Pilato, y después de la Pasión del Hombre-Dios, creyendo deshonradas las águilas romanas, que habían autorizado tan afrentoso proceder, solicitó en consecuencia ser relevado del juramento de fidelidad prestado ante ellas, retirándose á Sidon á esperar el resultado de su instancia. Despachada ésta favorablemente, se puso en marcha para Jerusalem, en cuyo camino hemos trabado conocimiento con él, donde le precisaba terminar algunos asuntos que requerian su presencia en aquella ciudad, para desde allí trasladarse á la España Ulterior, país en el cual le aguardaba una doncella querida, anhelante de consagrar con el lazo de Himeneo la pasión ardiente que hacia luengos años contenia su recato nunca desmentido.

La vista de los lugares consagrados con la preciosa sangre del Varon de dolores, volvieron á renovar en el alma de Marcelo Balbo la tristeza y dolor profundo, que rara vez le abandonaban desde las terribles escenas del Calvario; pues si bien no podía decirse estaba realmente convertido á la Buena nueva, germinaba en su alma la semilla de amor y caridad, que abrigada por un corazón recto, había de producir andando el tiempo, ópimos frutos á través de la hojarasca y flores emponzoñadas de brillante colorido, con que la pernicioso literatura gentilica trataba de sofocar sus brotes.

Antes de abandonar el Asia para nunca volver á pisarla, quiso visitar á Claudia Prócula, esposa de Poncio, destituido hacia tiempo de su empleo, algo en desgracia del emperador y residente á la sazón en Tarragona, su patria. Hallóla en compañía de una mujer de belleza extraordinaria, pero notable sobre todo por su esplendente cabellera, de la que se desprendía un perfume delicioso, imposible de calificar para toda criatura humana, acompañado de cierto reflejo celestial, que daban á su angelico semblante el mismo porte que tendría el de una aparición divina desterrada en nuestro suelo para bien de los mortales. No extrañemos aureola tan sobrenatural. Aquellos abundosos rizos habían enjugado los pies del Salvador, bañados en nardo precioso: estaban santificados por el contacto de la planta para quien son alfombra las estrellas que tachonan el espacio. Aquella mujer era, en fin, Maria de Magdalo.

Si las ideas mitológicas de Balbo no se hubieran hallado tan amortiguadas, creyera tener presente una deidad de las que la fecunda imaginación de Homero hace bajar á las orillas del Scamandro ó tomar parte en las querellas de sus héroes, pero en el estado actual de su espíritu contentóse con admirarla y desechó avergonzado semejante idea.

—El Señor sea contigo, Marcelo, dijo Claudia viéndole suspenso á la entrada; en paz llegues á lamentar con nosotros el triste día en que nos vimos la última vez, si es que no vienes á regocijarte por el triunfo del Prometido.

—Vengo á despedirme de ti, Prócula, contestó el interpedido avanzando algunos pasos. En víspera de partir á las Españas, me ofrezco á comunicar á tu esposo cualquier mensaje que tuvieses necesidad de hacerle.

—Entre Poncio y yo, respondió Claudia con tristeza, hace algun tiempo que no hay nada comun. Acosado por incessantes remordimientos pasaban sus días en agitación continua y sus noches en vigilia sin tregua, y queriendo apartar de la vista el nuncio de su castigo, me dió libelo de repu-

(1) Es muy natural en boca de un gentil, nutrido con las obras de los autores profanos, el recuerdo de las *Bucólicas* del poeta de Augusto, en cuya égloga cuarta anuncia con admirable claridad la venida del Redentor y su nacimiento de una doncella. Sentimos no tener espacio para insertar la traducción de la citada égloga, que ha hecho creer á algunos padres de la Iglesia, que este gran misterio fué revelado por intuición divina, á varios sabios antiguos, y aun hubo doctor piadoso que llevó su celo hasta el punto de opinar debía ser colocado el cantor de la Eneida en el número de los santos.

dio á los pocos días de ser relevado del cargo de gobernador de Judea.

—¡A tí, Claudia, miembro de la familia de Tiberio! ¿Juzga por ventura hallarse con la destitución á cubierto de las iras del César? Pero compadecámosle, Prócula, y dejemos cumplir la expiación que reclama la inocente sangre del hombre á quien yo siempre daré el título de Justo por excelencia.

—¿Y por qué no el de Hijo de Dios, según lo confesaste en el Calvario?

—Porque desde entonces lucha mi entendimiento contra un genio maligno que le impide buscar el buen camino, ofuscándole con cuantos sofismas ha inventado Satanás desde su rebelión primera. Déjame combatir la funesta levadura del orgullo que traje conmigo al venir al mundo, antes de ofrecer al Eterno un alma que no le pertenezca del todo.

—Ten valor, hermano querido, añadió Claudia cariñosamente; he aquí á Magdalena, con quien voy á marchar á Efeso para reunirme á la Divina Madre del Redentor, que allí reside en compañía del Discípulo amado: nosótras rogaremos á esta Señora que te alcance victoria contra tus malas pasiones.

III.

Al tomar puerto Marcelo en Nueva Cartago, moderna Cartagena, supo noticias que le obligaron á cambiar el plan de vida que se había propuesto. Las demasías, atropellos y depredaciones de los prefectos romanos, agotaron la paciencia de los habitantes de la Bética, y el fuego de la insurrección se propagó de uno á otro confin, comunicándose en breve á la provincia Tarraconense. Derrotadas las primeras cohortes enviadas á sofocarle, poco seguras las demás, aun guarecidas en los recintos amurallados, toda la tierra se ponía en combustión y organizaba á su antojo, amenazando reproducir aquellas eternas guerras ibéricas, llamadas terror del Imperio, á que puso término Octavio Augusto, no sin gran trabajo y exposición de su persona.

En tales circunstancias procedió el Senado, á cuya jurisdicción correspondía la Bética, con singular tacto político, ofreciendo á los descontentos escuchar sus quejas y hacerles justicia, obligándose ellos en cambio á no llevar adelante las hostilidades, aunque sin deponer las armas hasta ver satisfechas sus reclamaciones. Lejos Tiberio de seguir en la Tarraconense el ejemplo de los padres conscriptos, ni quiso residenciar á Lúcio Pison, pretor de aquella provincia imperial, ni mucho menos imponer castigo al prevaricador, antes bien allegando tropas, ordenó fuese reprimida la rebelión á toda costa y con la mayor brevedad posible.

Así las cosas, determinó Marcelo volver á ocupar su antiguo puesto en las legiones mientras durasen las turbulencias, esperando de este modo tener ocasión de ser útil á su patria, interponiendo la influencia que le daban sus relaciones y nombradía en el ejército romano, á favor de sus conciudadanos, obstinados en una lucha desigual, que no por justa dejaría de ser funesta al cabo para los comprometidos en ella. Con esta idea trasladóse á Tarragona, donde Poncio Pilato figuraba en gran manera, tanto por sus inmensas riquezas como por ser uno de los hijos más ilustres con que se honraba el antiguo municipio. Llegó en ocasión oportuna, pues el depuesto gobernador no perdonando medio de congraciarse con los patricios romanos,

había determinado obsequiar con un espléndido festín á los muchos personajes, á la sazón reunidos en Tarraco.

Daban á Marcelo concepto de hombre importante en toda la Península sus grandes bienes, noble linaje y gala en el decir; circunstancias, que unidas al recuerdo de su antigua amistad con Pilato, hicieron fuese contado entre los principales convidados. Le fué imposible excusarse, aunque bien hubiera querido hacerlo, pero dilató su presentación en el banquete hasta ya cerrada la noche, hora en que suponía habría tenido lugar la *prima mensa*, es decir, el primer servicio, y de consiguiente el baño y libaciones en honor de los nùmenes con que daban comienzo tales solemnidades.

En efecto, á su llegada principiaba la *caput cana*, ó distribución de los platos principales entre los muchos triclinios (1) que llenaban el estenso comedor: todos los concurrentes estaban coronados de hiedra, como preservativo contra la embriaguez: las estatuas de los dioses y ánforas del vino tenían *convivalis* ó coronas de la misma planta. El *magister convivii* (rey del convite) era Lúcio Pison: debiera haberse nombrado por suerte, mas se había prescindido de tal costumbre en obsequio al representante del César, que fué elegido de comun acuerdo y yacía recostado en un pequeño y magnífico lecho de pùrpura, en compañía de Pilato, cerca de una mesa de concha y márfil, primorosa por su hechura y de un precio inestimable. Las copas, henchidas de los vinos más generosos de España é Italia, circulaban por todas partes; los *struclor* (proveedores), los *carptor* (trinchadores) desempeñaban sus funciones sin confusión ni desórden, en tanto que varios esclavos jóvenes de ambos sexos rociaban á los convidados con agua perfumada. Un corto rato estuvo Marcelo confundido entre la multitud de sirvientes, observando todos estos pormenores, hasta que el esclavo nomenclator (2) advirtió á Poncio su presencia.

—¡Evohé, evohé! (3) empezó á gritar éste con voz no muy segura; camina de prisa gallardo centurion: ven á mi lado, que aunque tarde bien puedes recobrar el tiempo perdido: comamos, bebamos, porque mañana moriremos. Con arreglo á esta prudente enseñanza, hemos de pasar una noche tan deliciosa, que la misma Lucrecia se tirará de los cabellos en los Campos Eliseos, despechada de no poder disfrutarla con nosotros.

—Y para demostrar mis buenas disposiciones á tu favor, prosiguió Lúcio estrechándose con objeto de hacer lugar á Marcelo, quiero desposarte durante algunas horas con una esclava de Lesbos, capaz de volver loco al mismo Hipólito. Yo siempre las escojo de aquella tierra: librenme los dioses de buscarlas en otra parte. Tienen la hermosura de Diana, y por su habilidad ingeniosa para dilatar los placeres amorosos hacen gala, con razón, de ser dobles mujeres que las otras. ¡Eh, eh! escucha, Lais; admira la bazarria del esposo que te destino; procura dejarle contento.

Así decía llamando á una joven tan linda como desgraciada, vestida de una sutilísima túnica de aquella tela fabricada en la isla de Cos, que se llamaba de aire por su transparencia, mas á propósito para hacer resaltar la desnudez que para cubrirla, la cual llegóse á Balbo con desen-

(1) Mesa con tres lechos ó escaños alrededor, uno al frente y dos á los lados: en cada uno de ellos se colocaban tres comensales, sentados, ó mas generalmente recostados, sobre el brazo izquierdo. También se llamaba triclinio cada uno de los bancos.

(2) Siervo encargado de indicar á su dueño el nombre de las personas que se llegaban á él en cualquier parte que fuese.

(3) Interjección usada en las fiestas de Baco.

vuelto ademan dispuesta á sentarse á sus piés, si éste no hubiese helado su atrevimiento estendiendo el brazo y diciéndola:

—Detente, infeliz, y marcha donde seas mas apreciada.

—¡Por mi vida, exclamó admirado Lúcio, que te desconozco, fiero lusitano! ¿Qué pudoroso Endimion nos has traído? continuó dirigiéndose á Poncio.

—¡Oh! repuso éste, Marcelo es muy discreto y trata de reconvenirnos tácitamente; aun no ha comido ni bebido, y sin Ceres y Baco se apagan los amores. Ea, pues, veo terminado el cerdo troyano (1), traigan luego el centenario (2) y den principio las danzas y canciones.

Sin embargo de no ser estrañas para Balbo las escenas de semejante naturaleza, á cada momento crecía en él entonces la indignacion y violenta repugnancia, en términos de costarle trabajo no dar al traste con todo miramiento, ausentándose de aquel inmundo cenagal. Si hubiese tenido tranquilidad para examinar el estado de su alma, hubiese encontrado en su fondo la immaculada doctrina evangélica resistiendo manchar su pureza con las bestiales sensualidades del racionalismo pagano.

A esta sazón se oyó una concertada melodía de flautas, psalterios, címbalos, sistros y demás instrumentos músicos usados en aquella edad, y vióse aparecer el anunciado centenario conducido en andas doradas por esclavos de la Nubia. Las cuadrillas de bailarinas, empezaron una danza representando los amores de Pasifae y el Minotauro, Adriana abandonada por Teseo y triunfando con Baco. En los intermedios una porción de siervas ancianas vestidas tan ligeramente como las anteriores, ocupaban el centro de la sala, para que formase contraste lo ajado y rugoso de sus formas con la morbidez y frescura de las jóvenes.

Debemos advertir que nada hay aquí de exagerado; aun pasamos en silencio en obsequio á la decencia, infinitas circunstancias consignadas en los escritores latinos acerca de sus diversiones. ¡Oh, qué mision tan providencial vinieron á desempeñar aquellos bárbaros septentrionales que ni aun para tener el roncal de sus caballos juzgaban buenos á los senadores de Roma! Pero lleguemos al término de tanta baja.

Un famoso cantor comenzó el himno del festin acompañando con la lira, las estrofas siguientes:

Quando el suave licor bullicioso
Amenaza dejarme caer,
Tu albo seno me brinda reposo
Palpitando de amor y placer.

Bésame con tus labios de rosa,
No te asuste fatal porvenir,
Fugaz huye la edad venturosa
Y la sigue un eterno dormir (3).

—¡Vitor, vitor! gritaba Lúcio Pison entusiasmado, dadme una copa de vino de Masicua, tan viejo como esas abuelas

(1) Asillamado por estar relleno de varias clases de animales pequeños.

(2) Pirámide compuesta de cien platos diferentes.

(3) Confesamos que estos versos carecen de la fuerza que los antiguos daban á sus composiciones eróticas. Es imposible imitar los himnos gentiles sin que sus frases manchen la tinta que las escribe. El deleite, el rapto, el adulterio, el robo, el engaño y aun otros vicios mas infames, son celebrados en ellos con los mas vivos y risueños colores.

que tiritan ahí bajo sus ligeros adornos, y ahoguemos con el estruendo de la orgia todo pensamiento serio.

Apenas dicho esto se alzó una voz ronca y terrible á espaldas del prefecto, que dominando toda la confusion hizo resonar estas palabras:

—¡Justicia contra el opresor maldito!

Al mismo tiempo la hoja brillante de un agudo puñal vióse reflejar en la mano de un esclavo y apagar su azulado resplandor en el pecho del presidente romano. Despues aprovechando el asesino la primer sorpresa, se lanzó entre la turba de asustados comensales y domésticos que huían despavoridos á su vista, é hiriendo cual lobo carnicero en apiñado redil á cuantos se ponían á su alcance, desapareció por la puerta del comedor.

Quedó en breve desocupada la sala del festin por los músicos, bailarines y concurrentes, que atropellados se precipitaron á la salida dando gemidos lastimeros, derribando á su paso los ricos manjares y escelentes vinos, cuidándose poco del infortunado pretor á quien solo Balbo procuraba socorrer, pues hasta Poncio al ver la sangre que inundaba el lecho, cayó sobre los cogines privado de sentido. Unos cuantos soldados de los que vigilaban en el vestibulo y acudieron al bullicio, eran los únicos que le ayudaban. Pero el golpe habia sido bien calculado y la herida profunda y mortal. Solo consiguieron sus piadosos esfuerzos, despues de contener un tanto la hemorragia, hacer volver de su desmayo á Pison.

—¡Oh, qué penetrante era ese cuchillo! decia llevándose las manos al pecho. ¡Y morir así, de improviso, cuando tanto gozaba... y ahora, lo eterno y desconocido!.. ¡siempre, siempre!

—Ten ánimo, añadió Marcelo, vamos á conducirte donde puedas ser mejor asistido.

—¡Déjame, déjame! no quiero, no; contestaba el moribundo. Dime ¿habré vivido engañado? Si mi espíritu solo alentase una existencia animal y todo se acabase con la vida, no tendria esta cruel incertidumbre: la víctima presentada al sacrificio no manifiesta agitacion por lo futuro.

—Cálmate, amigo, insistió Marcelo, con tu inquietud aumentas tus padecimientos.

El prefecto continuó sin oír al parecer lo que se le decia.

—¡Qué rojiza y opaca veo la luz de las antorchas! Aquí falta el aire: descorred las colgaduras. Pero me parece descubrir inmensos horizontes, allá..... lejos, muy lejos... Ya no hay duda. ¡Oh causa de las causas ten piedad de mí!

Dicho esto lanzó el último suspiro.

Entretanto habia sido preso el asesino antes de salir á la vía pública. Era un labrador de Termes que disfrazado con la túnica de esclavo, se introdujo hasta cerca del prefecto para consumar su delito. Al día inmediato se le dió tormento, y requerido para que declarase sus cómplices, respondió con firmeza:—Mi solo cómplice ha sido la conducta criminal de Pison.—Conducido al suplicio se desasó repentinamente de su escolta y corrió á estrellarse de intento la cabeza contra una piedra.

IV.

Muerto Lúcio del modo que hemos dicho y desterrado Vivio Sereno, pretor de la Bética, á una isla del mar Egeo, por orden del Senado, quedaron apaciguadas las Españas. Únicamente un tal Cayo Claudio, que se decia pariente inmediato de Octaviano, cometió la imprudencia de querer

usurpar la púrpura imperial, y favorecido por el disgusto comun, sostuvo algun tiempo la guerra hácia los montes Carpetanos. Pero derrotado al cabo con pérdida de la vida y castigados los incautos que le siguieron, la tranquilidad renació por completo, y pudo Marcelo encaminarse al suspirado hogar doméstico con aumento de crédito é influencia, merced á su conducta sabia y prudente.

Héle por fin á vista de Mérida la bella, colonia augusta, famosa por su anfiteatro y centro donde aguardaba encontrar la dicha, mas anhelada cuanto mas remota juzgó su posesion. Allí podrá gozar todos los bienes con que próspera la fortuna, quiso colmarle á manos llenas. ¡Oh, cuán feliz será con el buen recibimiento que han de hacerle sus deudos y servidores; alegres los primeros por recobrar el amigo leal y satisfechos los demás con la esperanza de los gajes que saben ha de repartir á manos llenas! Sin embargo, ¡cosa extraña! ha pasado el vestibulo y penetrado en el átrio donde bajó del caballo, y cuando esperaba estallasen á su vista ruidosas demostraciones de júbilo, solo descubre semblantes respetuosos, siervos apresurados á prevenir sus deseos, pero que humillan la vista apenas fija los ojos en ellos, como evitando sus miradas y preguntas. ¿Qué infesta constelacion ha presidido su llegada para que así se conjuren los que debían celebrarla, en ahogar el regocijo que rebosaba su pecho? No hará por cierto ninguna pregunta, pues harto desairada considera su dignidad con lo mal correspondidas que han sido la muestras de afecto que prodigó aun á los mas baladíos de su gente; antes bien, hecho firme propósito de ser menos familiar en lo sucesivo, entróse airado y sombrío en los cubículos ó cuartos interiores, seguido del intendente de la casa, que no pudo menos de presentarse á recibir sus órdenes, diciendo en cuanto se vieron solos:

—Los dioses inmortales guarden tu vida, señor. ¿Quiéres tomar el baño inmediatamente?

—En el río Annas (1) de cabeza estoy por hacértele dar á tí con toda la plebe que me sirve, despues de bien azotados, repuso colérico Marcelo, á ver si de esta manera os curaba el humor tétrico de que parece estais acometidos. Responde: ¿qué triste augurio pesa sobre vosotros? ¿Se ha encontrado sin entrañas á la víctima ofrecida en holocausto por mi feliz regreso? ¿Ha muerto alguno de mis allegados?

—Tus parientes disfrutan la salud mas completa, respondió el esclavo.

—Entonces, Lucila tal vez.....

—¡Señor!.....

—Habla, ¡por Hércules triunfador! ¿que ha sucedido á mi prometida?

—Dos meses hace aceptó por esposo á Fulvio Paccio, sentenciado en el día á trabajar durante su vida en las minas de Sisapon (2), por su complicidad con el usurpador Claudio.

—¡Mientes, mientes, vil esclavo! exclamó Balbo en el paroxismo de la ira, amenazándole con el puño levantado.

—Mi vida es tuya, dijo el intendente cayendo de rodillas con los brazos cruzados sobre el pecho; librenme los cielos de faltar á la verdad en presencia de mi señor.

—Pero ella, ¿dónde se halla? continuó Marcelo procurando contenerse.

—Fué conducida á Itálica de orden del prefecto, para ser

puesta en venta con los demás bienes y familia del culpable, confiscados en beneficio del erario público.

Mientras esto decia el humilde siervo, paseaba el centurion la estancia lanzando frases inarticuladas y brotándole fuego los ojos: dejóse caer en un sitio y exclamó con acento trémulo:

—Atended, ¡oh deidades inexorables que gobernais el Tártaro profundo, al juramento que pronuncia mi lábio! Esa pérvida, modelo de falsedad, ha de verse humillada ante mis ojos implorando la compasion del hombre á quien vendió: no será mia como tierna esposa de cuyo dictado es indigna, sino cual objeto de torpe menosprecio, que sin amor ni cariño se arroja cuando ya produce hastio. Pronto, continuó volviéndose al intendente: que un esclavo parta con toda diligencia á Itálica y en mi nombre reclame del pretor esa mujer á cualquier precio. Este anillo le servirá de credencial.

Al salir el comisionado atravesaba el umbral un rústico vestido con el sayo negro, comun entre los celtiberos, solicitando con instancia ser presentado á Balbo. Fué dirigido donde se hallaba, y con noble desembarazo, sin mezcla ninguna de insolencia, le dirigió estas palabras:

—La paz sea contigo, Marcelo. Saulo, indigno discípulo de Jesucristo, te desea salud y envia esta epístola.

Al decir esto sacó un pergamino de su ancho ceñidor de cuero y lo entregó al centurion.

—Bien venida sea la misiva y el mensajero. ¿Eres esclavo ó siervo suyo?

—Soy su hermano en el Señor, á cuya gracia te encomiendo. Dios te guarde y traiga á verdadero conocimiento.

Así dijo y volvió la espalda sin esperarse á recibir la recompensa acostumbrada en tales ocasiones. Tampoco Balbo, admirado de su sencillo y digno continente, acertó á detenerle.

La carta de Saulo estaba fechada en Cesar Augusta (moderna Zaragoza). «Despues de nuestro encuentro en el camino de Damasco, escribia á su amigo, seguí mi ruta sin novedad hasta cerca del medio dia; cuando á la inmediacion de aquel pueblo, un resplandor celestial mas brillante que el sol, nos derribó en tierra á mí y á cuantos me acompañaban. Entonces oí una voz que decia:—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—A lo que respondí:—¿Quién sois, señor?—Yo soy Jesus, á quien aborreces.—Temblando y asustado volví á preguntar:—Señor ¿qué quereis que haga?—Levántate y entra en la ciudad donde te dirán lo que has de hacer.—Mis compañeros estaban aturdidos viendo la luz y oyendo la voz sin entender las palabras ni ver al que hablaba. Levantéme, mas aunque tenia los ojos abiertos nada veia. Me cogieron por la mano y condujeron á Damasco, donde permaneci orando sin comer ni beber, hasta que llegó á mi casa un discípulo de Jesucristo llamado Ananias, á quien el Señor habia mandado en una vision viniese á buscarme. Repugnaba hacerlo á causa de mi mala fama, pero el Señor añadió:—Marcha á encontrarle, porque es un vaso de eleccion á quien he escogido para llevar mi nombre ante las naciones.—Ananias estendió sus manos sobre mi comunicándome el Espíritu Santo. Al punto abrí los ojos, que se hallaban sujetos como por unas escamas, fui bautizado y tomé alimento.»

Continuaba Saulo dirigiendo á su amigo algunas piadosas reflexiones y terminaba así: «Hemos convenido abrazar entrambos la misma religion cuando el uno recibiese la *Ley de Gracia*: con arreglo á esto ven á buscarme, si yo tardo en poder llegar á tu lado. Examina en tanto la santidad del

(1) Guadiana, en cuya orilla está fundada Mérida.

(2) Almáden.

Decálogo, cuyos preceptos, base y fundamento de la ley natural, hallarás al fin de la presente carta.»

Había terminado Marcelo la lectura del pergamino sin acertar á separarle de su vista. Era un canterio aplicado á las recientes heridas de su alma, que al pronto solo consiguió ulcerarlas mas profundamente. Aquella prodigiosa conversión referida sin comentarios por un hombre de juicio tan recto como Saulo, y la cura sobrenatural que testificaba desde luego como cierta, fuera desatino rechazarlas cuando habian tenido fuerza suficiente para domeñar el espíritu rebelde y lógico del obstinado fariseo. ¿Pero no pudiera tambien su amigo haber tomado como realidad alguna apariencia engañosa? Y sobre todo ¿qué le importaba á Balbo todo esto? Hace algun tiempo no hubiera dudado en acudir á la cita que le recordaba el antiguo discípulo de Gamaliel, mas en la actualidad estaba tomado su partido. En el sagrado código que tenia delante se hallaba escrito: *No desearás la mujer de tu prójimo*, y él contaba los momentos que tardaba en profanar el tálamo nupcial en la persona de Lucila, siguiendo al paganismo en su célebre máxima: *La venganza es el placer de los dioses*. Y al discurrir así el mal aconsejado mozo, procuraba no parar mientes en el rubor de sus mejillas, escitado por la honradez humillada con tales reflexiones, hasta el punto de hacer al lábio intérprete de la conciencia balbuceando estas razones:

—¡Oh, qué débil é infame soy! Sin duda Claudia y Magdalena han olvidado su promesa de rogar por mí á la Madre del Mesías, pues de otra suerte no me vería en esta tribulación.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ya las tinieblas inundaban la estancia, cuando vino á sacarle de su meditación el esclavo encargado de encender las lámparas. Acostóse Balbo temprano y durmió sosegado hasta romper el día. Levantóse tranquilo, como satisfecho de sí mismo, se arrodilló vuelto hácia el Oriente, leyó de nuevo con fervor la epístola de Saulo, y salió de casa sin tornar á ella hasta despues de la hora tercia.

V.

Pasó bastante tiempo antes que Lucila fuese puesta á disposición de Marcelo, en lo que no hubo inconveniente grave; mas por fin una mañana atravesó los umbrales de la mansion de su irritado amante, hermosa y afligida como la infeliz Andrómaca.

Trémula, ahogada por el sentimiento, sin poder articular palabra alguna, cruzadas las manos en ademán de súplica, se adelantó con paso mal seguro hácia el hombre de quien fué prometida. Mirábala éste sin encontrar tampoco razones que dirigirla; pero la jóven viéndole acercarse como tratando de sostenerla, exclamó retirándose:

—¡Piedad en nombre de tu madre! ¡por el grande amor que siempre te profesé, compadece mi desgracia!

—¡Calla, y no renueves con esa estremada falsía la justa cólera que á duras penas consigo sofocar! repuso Balbo en tono severo. Circe mentirosa, ¿qué se hicieron los juramentos y protestas con que algun día burlabas mi crédula pasión?

—¡Ah, Marcelo! ¿cómo puedes reconvenirme por haber faltado á lo que nunca debí ofrecer? ¿No sabes que jamás se consulta nuestra voluntad cuando se trata de darnos dueño, y clasificadas en el número de las cosas que se venden y alquilan, nos entregan el que mejor conviene, sin ocurrírsele á nadie que una muchacha tenga otras afecciones que las impuestas por sus mayores?

—Hubieras debido rebelarte contra esa violación legal establecida por el derecho romano, reclamando las antiguas costumbres lusitanas.

—¡Infeliz de mí! Estabas ausente hacia largos años, cuando un ilustre patricio se presentó ostentando su opulencia: á fuer de liberal logró interesar á todos los míos y me condujeron al altar como al sacrificio una víctima espiatoria. Pero á la sazón que veo á Fulvio desgraciado, pobre y sin valedores, cumpliré con el deber que me impone el título de esposa suya conservándole mi fé á riesgo de la vida. Eres dueño de mi persona, Marcelo; no sé si podrá satisfacer la posesión de una mujer atormentada por el mas acerbo sentimiento, mas el alma de Lucila será siempre del miserable trabajador, á cuyo lado correría si la fuese posible, á compartir el grosero pan del minero y las afrentas del sentenciado.

El entusiasmo de que la jóven se hallaba poseída, comunicaba á su belleza atractivos incomparables: encendido el semblante, alta la frente y brillantes los ojos, en cuyas luengas pestañas se mecían algunas lágrimas como gotas de rocío en el pistilo de una flor, esperaba con ansiedad la determinación de Balbo, que por dos veces llevó la mano á una mesa donde se hallaban varios escritos enrollados; pero al mirar á Lucila tan hermosa, otras tantas volvió á retirarla. Por último, á costa de un profundo suspiro, alargó una de las vitelas á la esposa leal diciendo con acento solemne:

—Mujer, vé á reunirme con tu marido: sois libres entrambos: ahí llevas su edicto de perdón, única recompensa que he solicitado por mis servicios.

—¿He oído mal? ¡Cielos, será tal vez una burla cruel! Pero no; es cierto, añadió Lucila examinando el indulto y gritando fuera de sí: ¡perdonado Fulvio por la generosa intercesión de mi amante, cuyo perdido amor lloraré siempre sin esperanza, recordando los años que halagué la ilusión de su cariño! porque despues de acción tan heroica no temo decírtelo en voz alta, aunque procures rechazar esquivo mis últimas demostraciones de ternura, y si el destino inexorable ha decretado nuestra separación eterna, quiero llevarte contigo la seguridad de que solo tu recuerdo podrá hacerme la vida soportable.

Y al hablar así había Lucila enlazado sus brazos al cuello de Marcelo, enardeciendo con su tibio aliento el rostro de aquel hombre apasionado, que sintiendo vacilar su firmeza bajo tan dulce presión, se deslizó de ella presuroso, temiendo dar al través con todo buen propósito.

—Cesa, la dijo, y marcha sin tardanza; no hagas imposible el sacrificio.

El mismo condujo á la enamorada hasta dejarla en manos de sus domésticas, y cuando se vió solo elevó al cielo esta fervorosa plegaria:

—Gracias os doy, Señor, Hijo de Dios vivo, pues habeis querido admitirme en el número de vuestros discípulos adornado con la corona del martirio.

La gloriosa suerte que cupo á la mayor parte de los personajes que hemos hecho aparecer en esta leyenda, es demasiado conocida para que nos detengamos á explicarla. En cuanto al centurion del Gólgota, solo podremos decir que, al visitar las famosas catacumbas de Roma hace ya bastantes años, vimos un humilde sepulcro en cuya tosca y medio borrada inscripción leímos con trabajo: *Aquí reposa,*

esperando la resurreccion de la carne, Marcelo Balbo; español. Rogad por él. Lucila y su esposo llegaron á una dilatada vejez: Fulvio satisfecho y feliz; de ella no podemos asegurar otro tanto. Poncio Pilato, cada vez mas en desgracia del emperador, fué desterrado á Vienna en las Galias, y no pudiendo resignarse con su mala suerte, dió la última prueba de su espíritu débil y apocado quitándose la vida.

DIONISIO CHAULIÉ.

LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CALDETES,

ó

EL FALSO PRÍNCIPE DE GERONA.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

(Conclusion).

X.

Presentaba Gerona el aspecto mas triste é imponente. Veíanse circular azoradas las gentes de un lado á otro, empero silenciosas y con la mas profunda tristeza, pintadas en su rostro. En aquella calma, producida por la muerte del conde de Gerona, se presentia, sin embargo, una próxima tempestad. Murmurábase entre algunos, aunque en voz muy baja, llenos de celo, que la muerte del conde Berenguer no habia sido natural, y si efecto de una intriga tramada contra él en su propio palacio. Dejaban otros misteriosamente entrever la esperanza de que el príncipe Alberto, cuya muerte se habia hecho circular un mes antes, y que habia llenado de luto el corazon de sus padres y de consternacion el ánimo de sus pueblos, se hallaba vivo y de un momento á otro debia presentarse en las puertas de Gerona para anular la proclamacion hecha en favor de su hermano Enrique.

Los partidarios de éste se aprestaban á defenderle esperando grandes medros y provechos de su nuevo señor, y mostrando su decision de combatir al que suponian un impostor, que trataba de usurpar el condado y promover la guerra civil.

Enrique, por su parte, era pródigo de promesas con sus parciales y se aprestaba con ellos á defender su usurpacion.

Pedro, que con alma y vida se habia consagrado á la causa legítima de Alberto, habia ido á buscarlo al convento en donde se hallaba refugiado y formado un plan en que la astucia debia de vencer á la fuerza, con la que por el pronto era imposible contar.

La condesa Sibila, encerrada en su estancia, lloraba amargamente la muerte de su querido esposo, y temblaba con todo el terror de una madre por el hijo, que milagrosamente para ella habia resucitado y que no podia menos de caer en las manos de Enrique, dueño absoluto en aquellos momentos de Gerona.

Conocia de cuanto crimen y maldades era capaz aquel monstruo, que por espacio de veinte y tres años habia mirado cual hijo suyo, y que por tan largo tiempo habia en-

cubierto bajo la máscara hipócrita de la virtud su natural perverso para llevar las cosas al punto en que se hallaban.

Segun las costumbres del condado de Gerona, el cuerpo de su difunto conde revestido de todos los ornamentos de la soberanía, debia de ser espuesto al público un dia entero, sobre un lecho fúnebre en el mismo aposento en que hubiese exhalado su último suspiro. El pueblo debia de ser admitido á visitar aquel fúnebre lecho. El conde Berenguer era muy amado de todos. Sus pueblos habian perdido en él un padre, los cortesanos un amigo.

Enlutada la estancia en que habia muerto Berenguer, se habia colocado su cuerpo revestido con toda la pompa soberana y ceñida su frente con la corona conal, sobre una especie de tablado cubierto de ricas colgaduras negras de terciopelo. En la misma estancia y en una mesa cubierta de papeles se veia sobre una bandeja de plata el sello del Estado, sello que debia de romperse al terminarse las ceremonias fúnebres para comenzar desde entonces á usar el sello del nuevo conde.

La muerte apenas habia alterado las nobles facciones ni desfigurado con su mortal lividez el rostro de Berenguer, que parecia apaciblemente dormido en su féretro.

Rodeaban á éste varios cortesanos y el fraile médico que le habia asistido en su enfermedad, se hallaba al pié de él, de rodillas con la capucha echada sobre su cara y orando, al parecer, con el mayor fervor y recogimiento.

Los cortesanos se entretenian, aunque en voz baja, de los rumores que circulaban en la ciudad, hablando cada cual de ellos segun su interés y su esperanza.

Decian unos que se aseguraba que el príncipe Alberto no habia muerto. Recelaban otros que habia gran peligro en dar crédito á semejante fábula y en ponerse en contra del nuevo conde Enrique. Referian otros, aunque con misterio, que se habia comenzado á notar movimiento y agitacion cerca del convento de San Pablo, extramuros de Gerona. Contestaban otros que los fieles partidarios del nuevo conde darian pronto cumplida cuenta de los que intentasen promover una sedicion.

Eran las tres de la tarde: la hora en que debia el príncipe heredero, el nuevo conde Enrique, venir con la corte á orar ante el féretro de su padre para dar luego tiempo á que el pueblo admitido á desfilar por delante del cadáver pudiera satisfacer su triste sentimiento y piadosa curiosidad.

El conde Enrique vestido de luto y con faz doliente, entró en la estancia mortuoria rodeado de su corte, se postó de rodillas ante el féretro, permaneciendo en aquella postura algunos minutos.

El fraile continuaba siempre de rodillas y sus ojos clavados en el rostro del cadáver, cual si quisiera espiar en él el mas ligero movimiento de sus músculos.

Levantóse Enrique y dirigiéndose á los señores de la corte que le acompañaban, les dijo con el mas dolorido acento:

—Gracias, señores; si algo pudiese mitigar el acerbo dolor que sufre nuestro corazon, seria el ver los sinceros homenajes que tributais al mejor de los príncipes y de los padres. Olesa, presidiereis la ceremonia fúnebre y no tardare en reunirme con vos.

Olesa se inclinó profundamente delante del nuevo conde, pero al ir á salir, el fraile le hizo imperceptiblemente con la mano una señal de inteligencia y de discrecion, que hizo asomar á su rostro un movimiento de júbilo que trató inmediatamente de reprimir.

—Vosotros, señores, continuó diciendo á los cortesanos



Entrada en Gerona del principe Alberto y la princesa Blanca de Puigcerdá,

Enrique; dejadme ahora meditar, aquí, solo, al lado de este mis hombros; sobre todo, impedid que la condesa, cuya ra-
lecho fúnebre, los grandes deberes que van á pesar sobre zón se halla ya alterada por la pérdida de un hijo, mi muy